

LEON XIII Y EL RALLIEMENT  
(1891-1901):

## EL VERDADERO ORIGEN DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA

por HANS MAIER

*El Profesor Hans Maier, catedrático de Ciencia Política de la Universidad de Munich, es una de las más relevantes figuras intelectuales de su país en esta especialidad. Ha sido durante quince años ministro de Educación y Cultura del Gobierno del Estado de Baviera, es el Presidente del "Katoligentag" alemán y una prominente personalidad en el Partido Socialcristiano bávaro (CSU).*

*El texto que a continuación se reproduce pertenece a su libro "Revolution und Kirche", editado en inglés por University of Notre Dame Press con el título de "Revolution and Church - The Early History of Cristian Democracy, 1789-1901". Su oportunidad la dicta no sólo el hecho de ser el Profesor Maier alguien que analiza el tema de los orígenes de la corriente ideológica demócratacristiana, con sus diferencias y similitudes de un país a otro, desde la autorizada perspectiva de un cientista político que pertenece a ella. Esta proviene asimismo del enorme interés que tales orígenes y diferencias han despertado en el debate político nacional.*

La promulgación de la *ley Falloux*, el último logro parlamentario del catolicismo liberal, constituyó una victoria pírrica. Como resultado de su aplicación, Montalembert y Dupanloup quedaron sin ningún margen de maniobra entre el conservantismo eclesiástico y el socialismo doctrinario. La línea intermedia entre

ambas posiciones se tornó considerablemente más rígida a partir de 1850. Además, en las encíclicas *Quanta Cura* y *Syllabus* quedó de manifiesto que la visión política de Roma era muy diferente de la de los católicos liberales (1). Durante el Segundo Imperio de Francia se observó una vehemente reacción antiliberal dentro del catolicismo galo.

*La segunda Democracia Cristiana en Francia tuvo su origen en el giro del movimiento social católico hacia la causa de la república. Nuestro propósito es describir sus etapas más importantes.*

Era la época del auge de Louis Veuillot, el brillante y despiadado polemista, que en su periódico *Universe* criticaba con virulencia las corrientes modernas, entre las cuales el catolicismo liberal, en particular, era el blanco de sus más severos ataques (2). En los círculos eclesiásticos adquirió notoriedad una tendencia intransigente liderada por Monseñor Pie y Dom Guéranger, la cual rompió con las tácticas conciliatorias de Dupanloup y promovió sin miramientos las demandas del clero (3). Asimismo, en el ámbito político dominaban las fuerzas y puntos de vista conservadores, a excepción del período conocido como *imperio liberal*, que corresponde a los últimos años del Segundo Imperio.

- (1) Sobre la extensa bibliografía acerca de *Syllabus*, cf. *La convention du 15 septembre et l'encyclique du 8 décembre*. (París, 1865), libro escrito por el Obispo Dupanloup. El texto de la encíclica se encuentra en Acta Pii IX, vol. III, pp. 701 y ss.
- (2) Sobre Veuillot, véase E. Veuillot, *Louis Veuillot* (4 vol.; París, 1902).
- (3) Sobre Pie, véase Baunard, *Histoire du cardinal Pie* (París, 1893); sobre Guéranger fundador de Solesmes, quien se inspiró originalmente en Lamennais, véase Delatte, *Dom Guéranger, abbé de Solesmes* (París, 1919-20), y E. Sevrin, *Dom Guéranger et Lamennais* (París, 1933).

El llamado *cristianismo democrático y social*, tal como lo habían imaginado Ozanam y Arnaud de L'Ariège, parecía entonces una concepción del pasado .

Por más que los conservadores católicos rechazaran la democracia y el socialismo, no podían hacer oídos sordos ante los acuciantes problemas sociales. Muchos de ellos manifestaron un sincero y ferviente interés por las nuevas iniciativas sociopolíticas, y algunos demostraron poseer mayor conciencia social que los católicos liberales, aunque sólo Montalembert se preocupó seriamente de los trabajadores (4). Veuillot y los suyos carecieron de una concepción profunda de los problemas sociales. Sin embargo, pensadores como Villeneuve-Bargemont, Villermé y Le Play ejercieron su influjo sobre la política social moderna de Francia, ya sea por medio de acciones pragmáticas, ya sea como pioneros en la investigación científica (5). La legislación social francesa fue el resultado de la iniciativa del Conde de Melum, de tendencia conservadora (6).

Esta labor precursora, que había sido desempeñada reservadamente por determinados católicos, fue conocida por la opinión pública francesa mucho después de la guerra de 1870-71 y de la revuelta de las comunas. Nuevamente una catástrofe sociopolítica había planteado a una comunidad estremecida, el problema del *lien moral* ("lazo moral"). Nuevamente fue el catolicismo francés el que buscó una fórmula que le permitiera participar activamente en la sociedad. Espantados ante el sangriento espectáculo de la anarquía social durante la guerra civil, muchos católicos adoptaron ideas legitimistas y contrarrevolucionarias, y buscaron la salvación por medio de un programa social conservador. Por lo tanto, no es de extrañarse que los movimientos

(4) Cf. su intervención en contra del trabajo infantil, el 4 de marzo de 1840, ante la Cámara de París; *Oeuvres* I, 138 y ss.

(5) Al respecto, véase Duroselle, *Débuts*, pp. 198 y ss., y 413 y ss.

(6) *Ibid.*, pp. 498 y ss.

sociales católicos que surgieron como reacción frente a las comunas, evidenciaran, en un principio, características fuertemente autoritarias y paternalistas.

El catolicismo social sólo se adaptó gradualmente a las condiciones impuestas por el Estado republicano y la sociedad industrial. El Papa León XIII ya podía confiar en esta tendencia cuando dio inicio al *Ralliement* con la carta pastoral, *Au milieu des Sollicitudes* (7). La segunda *Democracia Cristiana* en Francia tuvo su origen en el giro del movimiento social católico hacia la causa de la República. Nuestro propósito es describir sus etapas más importantes.

*La intención de Harmel era que el Papa apareciera ante los ojos de los trabajadores como el "prisionero del Vaticano", instándolos a expresar su solidaridad, ya que los gobiernos católicos de Europa no habían protestado ante la confiscación de las propiedades del Estado papal.*

## EL MOVIMIENTO SOCIAL CATOLICO

El movimiento social católico, que surgió en Francia a partir de 1870, fue gestado principalmente por tres hombres: el Conde de Mun, el Marqués de la Tour du Pin y Léon Harmel (8), el em-

(7) *Acta Leonis Papae XIII*, vol. V, pp. 36 y ss.

(8) Sobre el movimiento social católico, consúltese una obra fundamental de H. Rollet, *L'action sociale des catholiques en France (1871-1901)*, (París, 1947). Cf. también G. Hoog, *Histoire du Catholicisme social en France, de l'encyclique "Rerum Novarum" à l'encyclique "Quadragesimo Anno"* (París, 1942). Para bibliografía adicional, véase Rollet.

presario. Su primera fase estuvo influida por el llamado *orden moral*, cuando éste era sustentado por el Conde de Chambord y por el Presidente Mac Mahon, considerado en ese entonces como representante de la monarquía. Luego de la renuncia de este último y del inicio de la *république républicaine* propiamente tal, el movimiento abandonó progresivamente sus orígenes antirrevolucionarios. Este fenómeno se manifestó principalmente en la transición, desde un socialismo paternalista —que creía en el privilegio cultural de las clases dirigentes y otorgaba un pequeño grado de independencia a los trabajadores—, hacia formas de organización democráticas en las relaciones entre capital y mano de obra. Con el tiempo, De Mun y De la Tour du Pin fueron relevados en el liderazgo del movimiento por Léon Harmel, hecho que reflejaba la tendencia política generalizada hacia la eliminación del poder de la nobleza (9). Escribe Maignen:

“Aun cuando el Marqués de Mun, dueño de un señorío sin derechos feudales, mas señor a pesar de todo, tiene a los habitantes bajo su dominio, es Monsieur Harmel quien ha heredado los derechos feudales del Marqués de Mun; él es el marqués del siglo XIX, a quien los habitantes deben rendir vasallaje” (10).

Siendo jóvenes oficiales del ejército, De Mun y De la Tour du Pin se habían familiarizado con los escritos de Ketteler durante su permanencia como prisioneros de guerra en Aachen, Alemania (11). Tiempo más tarde, como agregado militar en Viena, De la Tour du Pin entraría en contacto con la escuela social-católica de Freiherr Von Vogeslang. La revuelta de las

(9) A partir de 1830, los nobles franceses se limitaron principalmente a la administración de asuntos relativos a departamentos y municipios, donde, no obstante, ejercían una gran influencia. Con la desintegración del *orden moral* y la victoria de los radicales en la década de 1880, perdieron esa posición y se esfumó toda posibilidad de que influyeran directamente en la política.

(10) Citado por Rollet, p. 66.

(11) A. de Mun, *Ma vocation sociale* (París, 1911), p. 22.

comunas constituyó una experiencia decisiva para ellos, pues súbitamente recorrió el velo que ocultaba la verdadera condición de la sociedad francesa, y reveló la existencia de una profunda separación entre la burguesía y la clase laboral. En una de sus obras, *De Mun* declara sentirse horrorizado al ver que entre los *communards* y la *sociedad legal* existía un abismo, y que los católicos hacían poco o nada para eliminarlo.

“¿Qué había hecho esta sociedad legal, que durante tantos años había encarnado el orden público, para proporcionarle al pueblo una norma moral, para despertar y moldear su conciencia, para aplacar, mediante un esfuerzo de justicia, la queja de sus sufrimientos? ¿Qué acción cristiana habían ejercido las clases dirigentes —mediante su ejemplo, sus instituciones— sobre la clase trabajadora? Estas preguntas turbaban nuestro espíritu, en medio de la efervescencia de los acontecimientos” (12).

*Estos Pèlerinages ouvriers (“peregrinajes obreros”), especialmente el gran “peregrinaje de los diez mil” en 1889, prepararon el camino para el magisterio social de León XIII, y anticiparon la reconciliación entre la Santa Sede y la democracia francesa, situación que más tarde dio sus frutos en la política de Ralliement.*

Así, *De Mun* y *De la Tour du Pin* decidieron nuevamente intentar resolver el problema social. Volvieron a recurrir a antiguas formas de acción social católica, principalmente a los así llamados *Círculos de Obreros*, que ya habían aparecido en diver-

(12) *Ibid.*, p. 29.

sos lugares durante el Segundo Imperio. Se trataba de asociaciones extraprofesionales de trabajadores y aprendices dentro de una parroquia, que colaboraban en obras religiosas y de caridad (13). Durante los años posteriores fueron reorganizadas y se extendieron por todo el país. Un comité central en París estaba a cargo de la reorganización y tenía autoridad sobre cada miembro del movimiento. En las agrupaciones de trabajadores, a éstos les correspondía entablar un diálogo franco y abierto con las *clases dirigentes* —empresarios, políticos, altos funcionarios— sobre problemas de interés común. Se esperaba que cada uno aprendiera del otro, y ambos grupos tenían el deber de educarse mutuamente en un clima de entendimiento y de consideración recíproca. Algunas frases escritas por De Mun, extractadas de un manifiesto fundacional, pueden utilizarse para caracterizar el espíritu de la *Obra de los Círculos Católicos de Obreros*, como se denominó al movimiento. Comienza diciendo:

“En la hora actual, el problema de los obreros no es un asunto que haya que discutir, sino que se cierne sobre nosotros como una amenaza, como un peligro permanente. Debemos resolverlo o, de lo contrario, la sociedad, al igual que las autoridades que agonizan y no pueden salvarse ni siquiera con la abdicación, escuchará las fatídicas palabras finales: “Es demasiado tarde” (14).

Este manifiesto adquiere resonancia con la experiencia de las comunas. La gente es caracterizada como fácilmente manipulable, *niño sublime o egoísta*. Por lo tanto, la educación se transforma en punto central de preocupación. A De Mun le interesaba más que nada restablecer la influencia y la autoridad de las

(13) Sobre los comienzos de la *Obra de los círculos*, véase Ch. Maignen, *Maurice Maignen, Directeur du Cercle de Montparnasse et les origines du mouvement social catholique en France* (1822-90) (Luçon, 1927).

(14) *Ma vocation sociale*, pp. 72 a 73.

*clases dirigentes*, y la organización de los círculos de trabajadores se ajustaba perfectamente a este objetivo práctico.

Obviamente era muy poco probable que semejante concepción social produjera el reagrupamiento de la clase trabajadora católica o lograra penetrar en los grupos proletarios influidos por el socialismo. Si bien en los nuevos círculos laborales existía una preocupación por los trabajadores, éstos seguían siendo dependientes. Como resultado, en total muy pocos trabajadores se afiliaron a la *Obra*. En comparación con organizaciones similares de Alemania y Bélgica, el número de miembros, incluso en períodos de apogeo, se mantuvo en niveles relativamente bajos y nunca sobrepasó los 35.000 (15).

*En medio de esta atmósfera previa, en 1891 se publicó la encíclica Rerum Novarum, la cual ejerció un doble efecto sobre el movimiento social católico. Primeramente, el clero, que hasta entonces se había mantenido al margen, fue inducido a actuar. En segundo lugar, fortaleció y respaldó las aspiraciones de los laicos católicos.*

No fue la falta de capacidad o la mala fe lo que impidió la propagación del movimiento social católico, sino más bien el hecho de no considerar la pugna por la independencia de los trabajadores. Además, De la Tour du Pin y De Mun, vincularon sus programas sociales a actitudes contrarrevolucionarias que eran inaceptables para la clase trabajadora. Al mismo tiempo, el clero desconfiaba de los círculos laborales por considerarlos

(15) Rollet, *op. cit.*, p. 690.

organizaciones extraparroquiales y supradiocesanas (16). De tal manera que el movimiento se encontraba en una situación difícil desde varios puntos de vista. En un comienzo, De Mun y De la Tour du Pin contaban con el apoyo estatal. Sin embargo, la disposición del Estado para ayudar se tornó en un abierto antagonismo tras la victoria de los republicanos y el fin del *orden moral*. A partir de 1880 el Gobierno entabló acciones judiciales contra la *Obra*, pues veía en ella un foco de actividades contrarrevolucionarias. Influido por este giro en los acontecimientos, De Mun decidió aplicar un cambio táctico con el fin de poder mantener la unidad de los trabajadores luego de la clausura de la *Obra*. Una estructura profesional, asimilada a la estructura de la economía, reemplazaría a la organización supraprofesional. De este modo, los círculos se transformaron en corporaciones. Aun cuando se mantuvo el principio de participación mixta del capital y la mano de obra, éste también cambiaría cuando el ideal corporativo comenzara a adoptar en la práctica una forma sindicalista.

*Cabe suponer que Harmel y los suyos vieron confirmados en la encíclica —especialmente en los pasajes que exhortaban a los trabajadores a ayudarse entre sí— sus propios métodos, que ya habían sido sometidos a prueba en Val-des-Bois.*

(16) En 1863, el Comité de la Obra decidió requerir la asistencia del clero. El arzobispo de París, Monseñor Guibert, acogió con beneplácito esta determinación, pero subrayó que el clero debería ejercer una influencia moderadora en el movimiento. También expresó algunas críticas contra la *Obra*: “apasionamiento en su actuación, exaltación en el sentimiento de su misión religiosa, misticismo”; cf.: Rollet, pp. 18 a 19.

Resulta sorprendente el hecho de que De la Tour du Pin, el teórico del socialcatolicismo, haya llegado a las mismas conclusiones que más tarde se impusieron forzosamente en el movimiento, ante la situación política imperante. En el informe de un comité de estudios bajo su dirección, publicado en *Association Catholique*, órgano oficial de la *Obra*, se delineaba un orden económico corporativo que culminaría con el renacimiento de las gildas medievales bajo la forma de corporaciones privilegiadas por el Estado. Todo este sistema estaba inspirado en la crítica revolucionaria de La Play y en la concepción de Estado corporativo sustentada por el Partido Reformista de Austria, liderado por Vogeslang. Empero, este programa social no estaba falto de rasgos utópicos, pues parecía indisolublemente ligado a la idea de restauración monárquica. Contrariamente a las esperanzas de De la Tour, esta concepción no tuvo oportunidad de prosperar, luego de la derrota de los conservadores católicos y de la muerte del Conde de Chambord. Con todo, el programa surtió un efecto saludable, ya que dio un gran impulso al desarrollo del movimiento social católico. Significó la ruptura definitiva con la ideología de la caridad social, que (para citar a De Mun) había transformado la acción católica dentro del ámbito social en una simple “ambulancia que avanza al final de un convoy” (17).

*En Reims, donde a fines de 1891 Harmel convocó a un grupo de trabajadores para explicarles la encíclica, surgió el primer círculo de estudios de la futura Democracia Cristiana. Sustentado principalmente sobre los hombros del clero joven, el movimiento se expandió rápidamente al resto del país.*

(17) Rollet, p. 57.

Si despojamos el programa corporativo de sus elementos meramente contemporáneos y de sus objetivos políticos secundarios, lo que resta es un intento por restablecer el principio —hasta entonces expresado solamente por medio de prácticas caritativas y considerado como tal— en la legislación social del Estado. Una doctrina como ésta se prestaba fácilmente a una interpretación democrática. En consecuencia, no hubo por cierto ninguna contradicción en el hecho de que Léon Harmel, miembro de la *Obra* desde 1872 (18), reformulara las ideas del “reaccionario” De la Tour, transformándolas en una nueva concepción formativa del movimiento social católico: *la acción del obrero sobre el obrero*. Con esta iniciativa culminó la etapa preparatoria caracterizada por el patronato sobre la clase trabajadora. El concepto original, *consagración de la clase dirigente a la clase obrera*, fue reemplazado por un sentimiento de solidaridad que abarcaba todas las clases y mostraba el camino hacia nuevas soluciones políticas.

## LEON HARMEL

Léon Harmel criticó reiteradamente la creación de la *Obra de los Círculos Católicos de Obreros*. Notó que por lo general los miembros de los círculos eran reclutados entre individuos que no eran trabajadores “genuinos” (19), que se hallaban aislados del resto de sus compañeros, y por ende eran incapaces de ejercer gran influencia. Con esto se ayudaba a un grupo necesitado de

(18) Sobre Harmel, cf. G. Guitton, *Léon Harmel* (dos vol.; 1925). También Rollet, pp. 222 y ss.; y Hoog, *op. cit.*, pp. 31 y ss.

(19) “La mayoría de las veces no se trataba más que de rezagados de la industria, los más ineptos de la fábrica. Buena gente, por otro lado, y de una piedad exterior suficiente, o aun más, empleados de librerías clericales, bedeles que habían quebrado la alabarda, sacristanes retirados, conserjes de las comunidades, ordenanzas de las obras”. (E. Barbier, *Histoire du catholicisme libéral et du catholicisme social*, citado por Rollet, p. 36).

protección, en lugar de respaldar a un núcleo de fuerzas de choque competentes. La absoluta dependencia de los círculos frente a las directivas de los comités superiores —donde las *clases dirigentes* poseían la mayor influencia— de hecho sofocaría inmediatamente cualquier iniciativa emprendida por los trabajadores. Entretanto, los círculos conservadores que apoyaban a la *Obra* continuaron rechazando cualquier intento por otorgar mayor autonomía a los trabajadores, pues temían que éstos, una vez que se les permitiera ventilar libremente sus opiniones en las asambleas, no trepidarían en criticar a los capitalistas y a la propia *Obra*, lo cual desembocaría en revelaciones escandalosas. La jornada laboral, incluso en empresas cristianas, aún duraba doce horas o más, y el trabajo en domingo era frecuente (20). Las tensiones entre Harmel y la facción conservadora de la *Obra* se intensificaron cuando De Mun y De la Tour escenificaron un *contracentenario* en 1889 para el aniversario de la Revolución, durante el cual trabajadores católicos provenientes de toda Francia, expusieron las demandas insatisfechas de los *Cahiers* de 1789 y trataron de probar el descalabro de la revolución y el fracaso de la democracia frente a los problemas sociales de la época. Harmel comprobó que el espectáculo se había reducido a nada, pues se encontró con la indiferencia de amplios sectores de la población. En una carta a De la Tour señala:

*La Democracia Cristiana no era una entidad puramente laica, pues el clero desempeñó una función importante dentro de ella. Fueron los sacerdotes jóvenes, los así llamados abates demócratas, quienes dieron el paso desde la acción social hacia el Ralliement.*

(20) Rollet, pp. 268 y ss.

“Pero el pueblo no se enteró de nada y no se sintió conmovido. Ahora bien, para mí el pueblo es a la vez el envite y la baza del juego” (21).

Al sistema de patronazgo, que hasta entonces había caracterizado el modo de acción del movimiento social católico, Harmel contrapuso un nuevo método que, a diferencia de la idea paternalista de “todo *para* el trabajador, nada *a través* de él”, se basaba en la transferencia de responsabilidades al trabajador y en el principio del *laissez-faire*. El método había sido previamente sometido a prueba y desarrollado en la propia empresa de Harmel, *Harmel frères*, fábrica de tejidos de lana situada en Warméville, cerca de Reims (22). Allí, en el protegido valle de Val-des-Bois, se había creado una situación industrial utópica. Por primera vez en Francia había unidades industriales organizadas para reconocer la importancia de cada trabajador, y se permitía la existencia de responsabilidades descentralizadas. La esencia del método consistía en la educación de la iniciativa del trabajador:

“El bien del obrero, conseguido por y con él, y, dentro de lo posible, jamás sin él, y con mayor razón, jamás en contra de él” (23).

En este sistema, los trabajadores no eran guiados ni tratados con aire protector como en los círculos laborales, sino que tenían la oportunidad de participar en un grupo u organización asociado a la planta, como cooperativas de consumo, servicios de bienestar, escuelas y jardines infantiles. Harmel tampoco ejercía ninguna presión en el ámbito religioso, aunque era católico practi-

(21) Citado por Rollet, p. 250.

(22) Sobre Val-des-Bois, véase L.H.A. Geck, *Die sozialen Arbeitsverhältnisse im Wandel der Zeit* (Berlín, 1931), pp. 79 y ss., y Guitton, *passim*.

(23) Geck, *op. cit.*, p. 80. Respecto de los métodos de Harmel, cf. su *Manuel d'une Corporation chrétienne* (Tours, 1879).

cante. Pero, con la ayuda de trabajadores que sustentaban elevados principios éticos y religiosos, intentó ejercer una discreta influencia sobre aquellos que se habían apartado de la Iglesia (24). Su planta fue una de las primeras en Francia que instauró un consejo fabril (25). También permitió la creación de asociaciones laborales independientes, cuya primera versión fue un *sindicato mixto* que combinaba el capital y la mano de obra, como era habitual en el movimiento social católico.

*Sentían entusiasmo ante las directivas de un Papa con conciencia social, y una gran excitación ante la perspectiva de una reconciliación entre la Iglesia y la sociedad moderna.*

Las ideas de Harmel ganaron terreno dentro del catolicismo social francés, a pesar de la oposición de las generaciones más antiguas. Su primera expresión estuvo encarnada en las así llamadas *Secretarías del Pueblo*, asociaciones de ayuda voluntaria que buscaban alojamiento para los trabajadores indigentes, asistían a los enfermos y prestaban asesoría legal. Además, Harmel procuró atraer y organizar a los trabajadores católicos no afiliados a la *Obra*, lo cual resultó ser la primera etapa en la creación de sindicatos cristianos. Estos esfuerzos rindieron frutos, ya que mientras los círculos de trabajadores se disolvieron o fueron proscritos por el gobierno, las *Reuniones de Estudios Obreros*, que Harmel organizó primero en Reims y luego en otros lugares, adquirieron un rápido desarrollo.

(24) Sobre la educación religiosa de los trabajadores y la función del sacerdote en la planta, véase Harmel, *Manuel...*, pp. 241-43.

(25) En 1875 se había fundado un comité fabril (*Comité corporatif* más tarde llamado *Conseil professionnel*); desde 1893 existía un consejo fabril (*Conseil d'usine*); Rollet, p. 229.

Sin embargo, como Harmel lo reconocía, un obstáculo importante para la expansión del movimiento social católico radicaba en la indiferencia y el recelo de parte del clero. Por consiguiente, durante las asambleas de eclesiásticos celebradas en Val-des-Bois, él ya había tratado de alertarlos frente a los problemas sociales. Como resultado, los sacerdotes jóvenes aceptaron sus ideas con gran entusiasmo, pero el episcopado manifestó su desaprobación frente a una iniciativa tan inusitada en un laico (26). Pese a todo, Harmel tuvo la fortuna de granjearse la confianza y el apoyo del Papa, con quien se entrevistó en diversas oportunidades para mantenerle informado acerca de sus planes. Organizó peregrinaje de trabajadores franceses a Roma, causando sensación no sólo en Francia sino además en toda Europa (27). Henri Rollet, historiador del catolicismo social francés, ha hecho hincapié en la extraña combinación entre un movimiento popular democrático y un espíritu de peregrinaje medieval que caracterizaba a estas excursiones. La intención de Harmel era que el Papa apareciera ante los ojos de los trabajadores como el “prisionero del Vaticano”, instándolos a expresar su solidaridad, ya que los gobiernos católicos de Europa no habían protestado ante la confiscación de las propiedades del Estado papal. Estos *Pèlerinages ouvriers* (“peregrinajes obreros”) especialmente el gran “peregrinaje de los diez mil” en 1889, prepararon el camino para el magisterio social de León XIII, y anticiparon la reconciliación entre la Santa Sede y la democracia francesa, situación que más tarde dio sus frutos en la política de *Ralliement*. El espectáculo de los trabajadores festejados en el Vaticano, acogidos cariñosamente por el Papa y agasajados por los cardenales, dejó una huella indeleble en sus contemporáneos. Melchoir de Vogüé escribió en su característico estilo florido.

(26) Rollet, p. 225.

(27) Al respecto, véase Cardenal Langénieux, *Les pèlerinages des ouvriers français à Rome et la question sociale* (París, n.d.).

“Los espectadores tenían la vaga impresión de que no se trataba en ningún caso de peregrinos comunes. Lo que se traduciría solemnemente en San Pedro era el nuevo poder social, los nuevos pretendientes al imperio. Aquellos obreros acudían allí como antaño lo hicieran Carlomagno, Otón y Barbarroja en busca de la consagración y de la investidura” (28).

*Los abates pueden ser considerados, en cierto modo, como los predecesores de los curas obreros, no porque se limitaron exclusivamente al trabajo social, sino porque su inclinación hacia labores seculares (algunos eran políticos, otros científicos o periodistas) preparó el terreno para un intento por integrar el sacerdocio católico en la sociedad moderna mediante una adaptación radical de los Evangelios a las condiciones cambiantes.*

## LEON XIII Y LA DEMOCRACIA CRISTIANA

En medio de esta atmósfera previa, en 1891 se publicó la encíclica *Rerum Novarum*, la cual ejerció un doble efecto sobre el movimiento social católico. Primeramente, el clero, que hasta entonces se había mantenido al margen, fue inducido a actuar. En segundo lugar, fortaleció y respaldó las aspiraciones de los laicos católicos. Se otorgó prioridad a las condiciones económicas

(28) En: *Les Débats*, citado por M. Turmann, *Le développement du Catholicisme social depuis l'encyclique "Rerum Novarum"* (París, 1901), p. 187. Cf. también De Mun, *Discours et écrits divers d'Albert de Mun, avec des notices par Ch. Geoffroy de Grandmaison* (París, 1893), V. 179.

estructurales por sobre la asistencia puramente caritativa. La intercesión del Estado, que siempre había sido rechazada incondicionalmente por el liberalismo católico, fue considerada como un ingrediente viable y, en algunos casos, indispensable para la solución del problema social (29). Cabe suponer que Harmel y los suyos vieron confirmados en la encíclica —especialmente en los pasajes que exhortaban a los trabajadores a ayudarse entre sí— sus propios métodos, que ya habían sido sometidos a prueba en Val-des-Bois (30).

*El giro hacia la actividad política, el intento por hacer hincapié tanto en público como en el parlamento sobre la idea de Ralliement, se transformó en la piedra angular permanente de la Democracia Cristiana.*

En Reims, donde a fines de 1891 Harmel convocó a un grupo de trabajadores para explicarles la encíclica, surgió el primer círculo de estudios de la futura *Democracia Cristiana*. Sustentado principalmente sobre los hombros del clero joven, el movimiento se expandió rápidamente al resto del país. Lille y Charleville en el Norte; Blois, Tours, Angers, Nantes, Rennes y Brest en el centro; y Bretaña y Lyon en el sur, se transformaron en los principales puntos de apoyo para los demócratacristianos. Más tarde se unió París. El término *Democracia Cristiana*, que probablemente se remonta al Canon Pottier belga (31), fue escogido en razón de su sugerente connotación y su efecto sobre

(29) *Acta Leonis XIII*, vol. IV, pp. 177 a 209. Sobre los derechos del Estado, véase las pp. 193 a 202.

(30) *Loc. cit.*, pp. 202 a 208.

(31) T'Serclaes, *Le Pape Léon XIII* (Lille, 1894, y ss.), II, 260.

las grandes masas de la población. Originalmente, la Democracia Cristiana tuvo un carácter predominantemente social —como ocurrió en la época de F. Ozanam— pero con el tiempo fue adoptando una connotación política que se desarrolló paralelamente a las iniciativas del Papa, quien, nueve meses después de la encíclica de los trabajadores, envió una carta pastoral titulada *Au milieu des Sollicitudes*, en la que instaba a los católicos franceses a reconciliarse con la República (32).

*Hasta cierto punto era justificado el reproche de que la Democracia Cristiana amenazaba con transformarse en un partido de clases, ya que durante la fundación de esta colectividad se habían incluido en sus estatutos algunas cláusulas que determinaban que sólo los trabajadores tendrían asiento en su consejo nacional.*

La Democracia Cristiana no era una entidad puramente laica, pues el clero desempeñó una función importante dentro de ella. Fueron los sacerdotes jóvenes, los así llamados *abates démocrates*, quienes dieron el paso desde la acción social hacia el *Ralliement*. Sentían entusiasmo ante las directivas de un Papa con conciencia social, y una gran excitación ante la perspectiva de una reconciliación entre la Iglesia y la sociedad moderna. Durante los años en que los trabajadores celebraron por primera vez reuniones públicas en Francia, también tuvieron lugar los primeros congresos de clérigos. En 1896, el aniversario de los 1.400 años del bautismo de Clodoveo fue celebrado solemnemente en Reims. Cuatro años más tarde hubo un congreso en

(32) *Acta Leonis XIII*, vol. V, pp. 36 y ss.

Bourges y, tras una carta de León XIII, se realizaron debates sobre la educación intelectual de la clerecía y sobre sus deberes públicos (33). En todos estos movimientos tomaron parte activa los *abates démocrates*. Como resultado, complementaron gran parte de la labor que la Iglesia —por falta de grandes personalidades como Ketteler o Manning— dejó de realizar en favor de la educación social del clero. Es más: sus iniciativas presagiaron el futuro. Los abates pueden ser considerados, en cierto modo, como los predecesores de los curas obreros, no porque se limitaran exclusivamente al trabajo social, sino porque su inclinación hacia labores seculares (algunos eran políticos, otros científicos o periodistas) preparó el terreno para un intento por integrar el sacerdocio católico en la sociedad moderna, mediante una adaptación radical de los Evangelios a las condiciones cambiantes.

En tanto que los *abates démocrates* —y con ellos la generación más joven de laicos que había surgido durante la República—, aclamaban la política papal de *Ralliement*, a los líderes más ancianos del movimiento social católico les parecía más bien difícil liberarse del peso de la tradición monárquica en el tránsito hacia la democracia. Ciertamente es que Léon Harmel se apresuró a hacer las paces con la República (34). Asimismo, De Mun obedeció al llamado de León XIII, pero con el dolor de su corazón y sólo después de momentos de vacilación (35). Pero De la Tour —y con él muchos otros— mantuvo firmemente sus principios legitimistas (36). El giro hacia la actividad política, el intento por hacer hincapié tanto en público como en el parlamento sobre la

(33) Sobre la Democracia Cristiana y los *abates démocrates*, véase P. Dabry, *Les catholiques républicains. Histoire et souvenirs* (París, 1905), y H. Gayraud, *Les Démocrates chrétiens*, p. 197, n. 25. No disponemos de una relación exhaustiva.

(34) Guitton, I, 330 y ss.

(35) Rollet, p. 449 y ss.

(36) La Tour declaró: “El Papa siempre ha tenido su legión de granaderos, su legión de cazadores (¡De Mun!); aceptad el hecho de que tenga también su legión de veteranos —para sí mismo—”. Citado por Rollet, *loc. cit.*

idea del *Ralliement*, se transformó en la piedra angular permanente de la Democracia Cristiana.

En 1896, en Reims, el primer congreso nacional de la Democracia Cristiana decidió instituir un Partido Demócrata Cristiano. Se eligió a un secretario general y se estableció un congreso nacional en el que los delegados de cada una de las asociaciones provinciales tenían asiento y derecho a voto. En el curso de las deliberaciones los miembros no pudieron llegar a un acuerdo acerca de un programa político concreto. Las diferencias de opinión giraban principalmente en torno a problemas relativos a los sindicatos cristianos (37) y a la actitud táctica frente a la legislación secular de la República. Se planteó una disyuntiva sobre la estrategia que debía prevalecer: la lucha contra la legislación secular o la participación en la legislación social de la República. Esta inquietud revestía particular importancia debido a las tácticas proselitistas. Así pues, existía cierta vacilación frente a la incursión en el ámbito político. La asamblea finalmente aprobó la siguiente resolución.

*Junto con la tendencia a teologizar la democracia y el socialismo –que luego fue una práctica común en los círculos de los abates demócratas– esta situación podía conducir indudablemente a nuevos cismas dentro del catolicismo francés, y a una completa disolución del partido del Ralliement.*

“El Partido Demócrata Cristiano, estimando que los problemas sociales prevalecen sobre todos los demás, otorga a cada una

(37) Al respecto, véase Turmann, *op. cit.*, pp. 74 y ss.

de sus agrupaciones la posibilidad de incursionar o no en el terreno político. Pero, si lo hacen, deben declararse abiertamente republicanos demócratas” (38).

Empero, la Democracia Cristiana nunca logró penetrar profundamente en la política de la Tercera República. Es cierto que unos pocos *abates demócratas* fueron elegidos en el parlamento, donde se unieron a otros católicos *reintegrados* para formar agrupación republicana. Sin embargo, puesto que eran rechazados no sólo por la izquierda laicista, sino también por los católicos conservadores, su situación fue siempre difícil. Durante el reinado de los republicanos moderados de 1893, quienes adoptaron una línea conciliatoria frente a la Iglesia, imbuidos del así llamado *nuevo espíritu* (39), los democratacristianos tuvieron aparentemente algunas oportunidades políticas. Mas, a raíz del Caso Dreyfus, la atención se concentró principalmente en el conflicto de las “dos Francias”, por lo que las elecciones de 1898, el *Sedan electoral del catolicismo francés* (40), pusieron fin a la política de *Ralliement*, y con ella, al tentativo *Partido Demócrata Cristiano*.

La tendencia a politizar el catolicismo social había sido impugnada por De Mun durante el congreso en que se fundó el partido. El mantenía su concepción de la estructura jerárquica de la sociedad, y del papel de las *clases dirigentes* como educadores. Para De Mun, la posibilidad de un movimiento autónomo de trabajadores católicos dentro de la Democracia Cristiana, con un programa independiente y una estructura sindicalista, al parecer haría peligrar el desarrollo del catolicismo social y negaría la esperanza, abrigada hasta entonces, de lograr una reconciliación

(38) Rollet, p. 388.

(39) El término “nuevo espíritu” (“*esprit nouveau*”) se originó en un discurso del Ministro de Culto Público y Educación, Spuller, pronunciado el 3 de marzo de 1894. Cf. A. Dansette, *Histoire religieuse de la France contemporaine* II (París, 1951), p. 235 y ss.

(40) León XIII a Harmel, en Rollet, p. 439.

de las clases en lugar de su separación. Hasta cierto punto era justificado el reproche de que la Democracia Cristiana amenazaba con transformarse en un partido de clases, ya que durante la fundación de esta colectividad se habían incluido en sus estatutos algunas cláusulas que determinaban que sólo los trabajadores tendrían asiento en su consejo nacional (41). Junto con la tendencia a teologizar la democracia y al socialismo —que luego fue una práctica común en los círculos de los *abates démocrates*— esta situación podía conducir indudablemente a nuevos cismas dentro del catolicismo francés, y a una completa disolución del partido del *Ralliement*.

*La Democracia Cristiana había perdido su fortaleza inicial. La batalla osciló durante algunos años entre los diversos frentes del catolicismo social francés, hasta que Roma intervino en 1901 para clarificar en principio el concepto de democracia cristiana.*

Además Harmel, en su calidad de secretario general de la Democracia Cristiana, reconoció, luego de la derrota de su partido en las urnas, que la incursión en el ámbito político había sido prematura. Durante los años posteriores intentó adoptar un rumbo equidistante entre las demandas de De Mun y las de los *abates démocrates*. A pesar de todo, tuvo que admitir que la disensión política entre los católicos había llegado demasiado lejos. La Democracia Cristiana había perdido su fortaleza inicial. La batalla osciló durante algunos años entre los diversos frentes del catolicismo social francés, hasta que Roma intervino en 1901 para clarificar, en principio, el concepto de *Democracia Cristiana*.

(41) Rollet, p. 388.

La encíclica *Graves de communi* estableció un balance de la labor desarrollada por la Democracia Cristiana (42). Alabó sus logros y ensalzó el coraje de los hombres que se consagraron a la enseñanza de la doctrina social católica en la vida pública. Luego, como una continuación de *Rerum Novarum* subrayó el contraste existente entre la Democracia Cristiana y la Socialdemocracia. Sin embargo, el dictamen concluyente fue que la Democracia Cristiana podía ser calificada —sin una connotación política— de *benefica in populum actio christiana*, y declaraba expresamente que una interpretación y aplicación política del concepto falsearía su significado.

*El dictamen concluyente fue que la Democracia Cristiana podía ser calificada —sin una connotación política— de benefica in populum actio christiana, y declaraba expresamente que una interpretación y aplicación política del concepto falsearía su significado.*

“Porque los preceptos de la naturaleza y del Evangelio, precisamente por su esencial superioridad sobre todos los acontecimientos humanos, no pueden depender de régimen político alguno; todo lo contrario, pueden adaptarse a cualquier forma de gobierno, con tal que ésta no lesione la virtud y la justicia. Dichos preceptos son y permanecen ajenos por completo a las preferencias partidistas y a los cambios históricos, de tal manera que, sea cual sea la Constitución política de un Estado, pueden y deben los ciudadanos cumplir los preceptos que les ordenan amar a Dios

(42) *Acta Sanctae Sedis*, vol. XXXIII (1900/01), pp. 385 a 396. En inglés: *The Great Encyclical Letters of Leo XIII*, “Christian Democracy”, pp. 482 a 483. (New York, 1903).

sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismos. Esta ha sido la enseñanza constante de la Iglesia. Esta ha sido la norma que usaron siempre los Romanos Pontífices al tratar con los Estados, cualquiera que fuese su forma de gobierno. Esto supuesto, el programa y la acción de los católicos al promover el bien del proletariado no pueden en modo alguno pretender la preferencia y la implantación exclusivas de un régimen político sobre otro” (43).

*Distinguiendo entre democracia como forma de gobierno y como actitud social, el Papa extrajo a la Democracia Cristiana del ámbito de los controvertidos problemas de política estatal francesa, y la hizo retornar a la esfera social, donde se había originado.*

Con esto quedaba sellada estrechamente la prematura identificación entre la Iglesia y la democracia. Distinguiendo entre democracia como forma de gobierno y como actitud social, el Papa extrajo a la Democracia Cristiana del ámbito de los controvertidos problemas de la política estatal francesa, y la hizo retornar a la esfera social, donde se había originado.

¿Cómo puede explicarse la intervención del Papa, quien hasta entonces no había impugnado por ningún motivo a los republicanos entre los católicos franceses, sino que les había manifestado su simpatía? Para responder a esta pregunta debe-

(43) León XIII, Encíclica *Graves de Communi*. Sentido genuino de la Democracia Cristiana. N. 6.

mos remontarnos a la situación político-eclesiástica de comienzos de la Tercera República, y al inicio de la política de *Ralliement* (44).

Cuando León XIII fue entronizado en la Santa Sede, se encontró con una situación complicada y muy confusa dentro de la Iglesia francesa (45). Los católicos, que en su mayor parte se encontraban en el bando monarquista, habían sufrido una seria derrota en 1876 a manos de los republicanos. En el parlamento se hallaban con las manos atadas, y continuaron cediendo cada vez más terreno en la vida pública. Carecían de los medios para defenderse eficazmente contra el *espíritu laico*, que estaba preparando una ofensiva aplastante contra la posición privilegiada de la Iglesia, mediante la legislación de instrucción y orden de Ferry (46). La debilidad de su posición también dificultó los esfuerzos de la diplomacia papal. Puesto que la Iglesia, desprovista del apoyo de un partido poderoso, contaba solamente con un medio de presión —la amenaza de levantar el protectorado francés de las Iglesias orientales— no podía lograr más que una retirada temporal de los gobiernos republicanos para evitar un abierto rompimiento del Concordato (47). No estaba en condiciones de morigerar o revocar las leyes seculares. El Papa envió una carta per-

(44) La fuente más importante acerca de la política de *Ralliement* de León XIII, además de las cartas papales, se encuentra en las memorias del nuncio papal en París, Dominique Ferrata: *Mémoires* (3 vols.; Roma, 1921). El segundo volumen, titulado *Ma nonciature en France*, apareció en forma separada. Al respecto, véase U. Stutz, *Die päpstliche Diplomatie unter Leo XIII Abhandlung der preussischen Akademie der Wissenschaften. phil.-hist. Klasse* (Berlín, 1926). También son importantes las memorias de Jacques Piou, líder del movimiento "*ralliement-católicos*" en Francia: *El ralliement* (París, 1928). Nuevos antecedentes sobre el *ralliement* en cuanto a su vinculación con la política eclesiástica pueden encontrarse en el artículo de F. Guédon "Autour du Ralliement", *Revue d'histoire de l'Eglise de France*, XLIV (1958), pp. 86 y ss., el cual incluye documentos.

(45) Véase mi artículo "Politischer Katholizismus, sozialer Katholizismus, christliche Demokratie", *Civitas, Jahrbuch für christliche Gesellschaftsordnung I*, (1962), p. 9 y ss.

(46) E.M. Accomb, *The French Laic Laws* (Columbia University Press, 1941).

(47) En 1881 Gambetta hizo la concesión de asegurarle al Cardenal Lavignier, de Argel, que el anticlericalismo no iba a ser exportado. Stutz, *op. cit.*, p. 65.

sonal al Presidente Grévy, en la que le solicitaba que restringiera la aplicación de medidas hostiles contra el clero y las congregaciones eclesiásticas, pero recibió una respuesta evasiva (48). Los esfuerzos del conciliador nuncio Czacky por restablecer la concordia no tuvieron éxito. Mientras los católicos, menos unidos que nunca, continuaron con sus mutuas reyertas, la campaña de laicización siguió adelante: las organizaciones de caridad fueron secularizadas, las cruces fueron retiradas de las escuelas y las salas de tribunales, el clero fue sometido al servicio militar, y el presupuesto eclesiástico fue reducido año tras año (49).

*En Bélgica y Alemania la lucha no alcanzó un nivel ideológico. Tampoco la estructura del Estado era objeto de debates, como ocurría entre los católicos franceses. El problema estribaba en lograr el reconocimiento de las fuerzas católicas dentro del marco de un sistema constitucional establecido.*

Czacki vio en la desunión de los católicos la clave del problema político-eclesiástico en el cual se habían envuelto forzosamente ante la declinación del *orden moral*. La diplomacia papal, en un principio muy cauta para no facilitarles a los republicanos una excusa para anular el Concordato, súbitamente se involucró en una lucha de dos frentes: por una parte no podía permanecer impassible observando cómo progresaba el movimiento laicista; y por otra, debía refrenar a los monarquistas católicos, cuya descontrolada agitación estimulaba cada vez más la aplica-

(48) La carta y la respuesta de Grévy se encuentran en T'Serclaes, I, pp. 300 y ss.

(49) Ferrata, *Ma nonciature*, pp. 143 y ss.

ción de medidas contra la Iglesia por parte de los republicanos. León XIII exhortó incesantemente a los católicos franceses para que restablecieran la unidad. Les pidió que renunciaran a aspiraciones separatistas de independencia y de privilegios políticos, pero su llamado no encontró el eco que se esperaba. Dos factores cada vez más importantes en la política papal se referían a la manera de modificar esta situación y de establecer un frente político unificado de católicos franceses (50).

Indudablemente no podía esperarse que en Francia existiera un partido en la línea de los Demócratas Católicos de Bélgica o del *Zentrum* de Alemania. Aun cuando se apreciaban similitudes formales en su situación cultural general, la posición del catolicismo en estas últimas naciones era bastante distinta respecto de Francia, donde la batalla no se libraba en torno a la delimitación del papel del Estado y la Iglesia, sino en torno a la denuncia del catolicismo radical de que esa delimitación era obra de la *république sans Dieu*. En Bélgica y Alemania la lucha no alcanzó un nivel ideológico. Tampoco la estructura del Estado era objeto de debates, como ocurría entre los católicos franceses. El problema estribaba en lograr el reconocimiento de las fuerzas católicas dentro del marco de un sistema constitucional establecido. Además, en Alemania y Bélgica el pueblo demostraba una mayor indiferencia ante la intervención de la Iglesia en el campo político, en comparación con los franceses de la Tercera República, cuyos oídos se habían habituado al grito de guerra de Gambetta ante la más mínima intervención diplomática o tentativa de acción por parte de la curia: *Le cléricalisme c'est l'ennemi* ("el clericalismo es el enemigo").

El objetivo del Papa tenía que ser, primero que nada, la separación de la Iglesia francesa de cualquier vínculo con la política, especialmente de los intereses del partido realista, sentando

(50) Ferrata, *op. cit.*, pp. 20 y ss. (en su memorándum sobre la situación en Francia).

así las bases para restablecer un diálogo con la República. Siempre que las exigencias de reformas políticas formuladas por la Iglesia, y la limitación de la influencia laicista en la política cultural, estuvieran ligadas a un programa de violenta alteración de las condiciones imperantes y a una restauración monárquica, era inevitable que republicanos y católicos vivieran como enemigos. Sólo cuando estos últimos reconocieran como legítima la forma de Estado imperante y aceptaran los fundamentos de la constitución, se abriría una senda por la cual podrían retornar a la política, haciendo sentir su influencia sobre la formación espiritual de la República.

*Además, en Alemania y Bélgica el pueblo demostraba una mayor indiferencia ante la intervención de la Iglesia en el campo político, en comparación con los franceses de la Tercera República, cuyos oídos se habían habituado al grito de guerra de Gambetta ante la más mínima intervención diplomática o tentativa de acción por parte de la curia: Le cléricalisme c'est l'ennemi ("el clericalismo es el enemigo").*

Aplicando esta mentalidad, la diplomacia papal comenzó a desplegar sus esfuerzos para influir en los católicos franceses (51). La encíclica *Immortale Dei* (1885) estableció la neutralidad fundamental de la Iglesia frente a distintas formas de estado, a condición que se aseguraran los derechos de la Iglesia, así como la libertad para promulgar doctrinas religiosas (dogmas) (52). Esto

(51) Ferrata, *op. cit.*, pp. 82 y ss.

(52) *Acta Leonis XIII*, vol. II, pp. 146 a 168, especialmente pp. 147 y ss.

hirió la susceptibilidad de la Iglesia francesa (53). Al mismo tiempo, León XIII se opuso al intento del Conde de Mun por crear un partido católico en Francia, pues estimaba que ese propósito sólo desembocaría en nuevos cismas dentro del catolicismo francés (54). Dado que no fue posible apaciguar a los laicistas republicanos a pesar de todos los esfuerzos de la Iglesia por restablecer la paz, y que la corriente anticlerical posterior a la aventura de Boulanger se agudizó cada vez más, al Papa finalmente le pareció aconsejable proponer a los católicos franceses que establecieran una alianza con la República. Esta sugerencia la formuló en su encíclica *Au milieu des Sollicitudes* (1892) —una vez que el famoso Cardenal Lavigeres hubo preparado el ambiente con un brindis en Argel—, en la cual recomendaba a los católicos que accedieran a una reforma del cuerpo legislativo dentro de la constitución vigente.

“He aquí precisamente el terreno sobre el cual, dejando de lado toda disensión política, los hombres de bien deben unirse como un solo hombre para combatir, por todos los medios legales y honestos, los progresivos abusos de la legislación. El respeto debido al poder constituido no podría impedirlo: no puede traer consigo ni el respeto ni mucho menos la obediencia ilimitada a cualquier medida legislativa decretada por este mismo poder. Que no se olvide: la ley es una prescripción ordenada según la razón y promulgada, para el bien de la comunidad, por aquellos que para este efecto son depositarios del poder” (55).

En consecuencia, la República sería finalmente reconocida, y al mismo tiempo continuaría la batalla contra la legislación secular, empleándose para tal efecto medios lícitos y democráticos.

(53) Sobre la historia del origen de la encíclica y sus efectos, véase T'Serclaes, I, pp. 392 y ss., y Ferrata, *op. cit.*, pp. 15 y ss.

(54) Al respecto, véase H. Rollet, *Albert de Mun et le parti catholique* (París, 1947), especialmente pp. 106 y ss.

(55) *Acta Leonis XIII*, vol. V, pp. 36 y ss.

Con el fin de unir a los católicos en un frente común, se requería una consigna que trascendiera las rencillas políticas y que agrupara a las diversas facciones del catolicismo francés. No hay duda de que en esta situación el Papa tenía en mente sobre todo al movimiento social católico, cuyo rumbo él mismo había señalado sólo un año antes en su encíclica *Rerum Novarum*. Es dable suponer que la creación de un movimiento democratacristiano en Francia a propósito de esta encíclica haya provocado, o al menos haya precipitado, el surgimiento de la *politique de Ralliement*. En todo caso, el Papa encontró en la Democracia Cristiana su más sólido recurso para llevar a cabo una estrategia cuyo doble propósito era ejercer una influencia constitucional sobre la legislación, y fortalecer el prestigio moral de la Iglesia por medio de una acción social cada vez más intensa. La alianza del conservador De Mun con el *Ralliement* debe de haber reafirmado la convicción papal de que las expectativas de una reconciliación entre monarquistas y republicanos serían mucho mayores en el marco del catolicismo social y de acuerdo con las orientaciones del Sumo Pontífice (56).

(...) la diplomacia papal comenzó a desplegar sus esfuerzos para influir en los católicos franceses. La encíclica *Immortale Dei* (1885) estableció la neutralidad fundamental de la Iglesia frente a distintas formas de Estado, a condición que se aseguraran los derechos de la Iglesia, así como la libertad para promulgar doctrinas religiosas (dogmas).

(56) Al respecto, véase la consolación Breve Notre del 3 de mayo de 1892, dirigida a los cardenales franceses, en *Acta Leonis XIII*, vol. V, pp. 66-72.

Estos esfuerzos se vieron seriamente amenazados cuando la Democracia Cristiana repitió el error de los monarquistas e ingresó en la arena política, convirtiendo el problema de la forma del Estado en un principio esencialmente religioso. El Papa, al igual que De Mun, se opuso terminantemente a este intento por deducir un programa político integral a partir de las enseñanzas de la Iglesia. El hecho es que a partir de 1896 la Democracia Cristiana pasó a ser un partido de clases, con o sin justificación y contrariando la expresa intención de León XIII en su *Rerum Novarum*.

*León XIII se opuso al intento del Conde de Mun por crear un partido católico en Francia, pues estimaba que ese propósito sólo desembocaría en nuevos cismas dentro del catolicismo francés.*

Durante la gran peregrinación de trabajadores en 1898, nuevamente encabezada por Harmel, el Papa empleó por primera vez el término “Democracia Cristiana”. Sus palabras, que adoptaron la forma de una definición de esta ideología, encerraban una velada crítica a la evolución experimentada hasta entonces por dicha colectividad.

“Si la democracia se inspira en las enseñanzas de la razón iluminada por la fe, si se mantiene en guardia frente a teorías falaces y subversivas, ella acepta con religiosa resignación y como un hecho necesario la diversidad de clases y de condiciones. Si, en la búsqueda de posibles soluciones a los múltiples problemas sociales que surgen diariamente, no pierde jamás de vista las normas de esta caridad sobrehumana considerada por Jesucristo como el rasgo característico de los suyos. Si, en una palabra, la democracia pretende ser cristiana, dará a vuestra patria un porvenir de paz, prosperidad y alegría. Si, por el contrario, se entrega

a la revolución y al socialismo; si engañada por ilusiones fantásticas se consagra a una reivindicación destructiva de las leyes fundamentales sobre las que descansa todo el orden civil, el efecto inmediato para la propia clase obrera será la servidumbre, la miseria y la ruina” (57).

*Estos esfuerzos se vieron seriamente amenazados cuando la Democracia Cristiana repitió el error de los monarquistas e ingresó en la arena política, convirtiendo el problema de la forma del Estado en un principio esencialmente religioso.*

En una glosa del texto papal realizada por el Cardenal Parocchi resulta evidente que con estas palabras no se pretendía recriminar, sino entregar algunas directrices. Con ocasión de un banquete ofrecido en el Vaticano, el prelado dijo a los trabajadores:

“De ahora en adelante, el problema de una democracia saludable y legítima está resuelto. Vosotros sois verdaderamente demócratas cristianos, por lo que os felicito. Sin embargo, vuestra tarea va más lejos: debéis hacer lo que San Remigio hizo con Clodoveo: bautizar la democracia y cristianizarla. Para lograr vuestro propósito, sólo debéis dejaros guiar por la sabiduría de nuestro Santo Padre, el Papa León XIII. Guardad en vuestro corazón sus últimas palabras, precioso comentario de sus encíclicas. La enseñanza expuesta en la encíclica *Rerum Novarum*, aquella Carta Magna de los obreros, ha sido embellecida y complementada por las palabras pronunciadas hoy. Haced que vuestra

(57) Oficios *Allocutio* y *Galliae* del 8 de octubre de 1898, en *Acta Leonis XIII*, vol. VII, pp. 196 a 198.

democracia sea tan cristiana que obligue a vuestros amigos y enemigos a transformarse como vosotros en demócratacristianos” (58).

Aun cuando en su referencia a *Rerum Novarum* quedó bastante claro que la acción social debería ser y continuaría siendo el verdadero campo de actividad para los demócratacristianos, la encíclica *Graves de Communi* expresaba de manera inequívoca que a lo anterior no debería atribuírsele un sentido político, y de este modo intentó poner fin a las diferencias de opinión en torno a la Democracia Cristiana.

“No es, sin embargo, lícito transferir el campo político el nombre de democracia cristiana. Porque, si bien la *democracia*, por su misma significación etimológica y por el uso constante de los filósofos, indica el régimen popular, sin embargo en la materia presente debe entenderse de tal manera que, dejando a un lado toda idea política, signifique únicamente la acción benéfica cristiana en favor del pueblo” (59).

Ciertamente que las razones tácticas también jugaron un papel en esta restricción, sobre todo el hecho de considerar que una adhesión demasiado irrestricta de los demócratacristianos a la República podría socavar la unidad de los católicos, que era la condición previa para que el *Ralliement* llegara a buen término. Asimismo, en vista de la situación reinante en Francia, era necesario que la acción social católica permaneciera al margen del terreno político. Sólo de esa manera podría disiparse la sospecha de que los católicos aspiraban al poder estatal. Pero, más allá de consideraciones tácticas, la encíclica *Graves de Communi* refleja el deseo papal de mantener los asuntos religiosos libres de todo

(58) T'Serclaes, III, p. 263. Edición inglesa: *Encyclical Letters of Leo XIII. "Christian Democracy"*, p. 482.

(59) León XIII, Encíclica *Graves de Communi*. Sentido genuino de la Democracia Cristiana. N. 6.

vínculo con un partido, republicano o monarquista. La decisión del Sumo Pontífice de tomar parte activa en el movimiento social católico, su política respecto de la Francia republicana, y su actitud frente a la democracia y el socialismo, pueden considerarse como un intento por restablecer en la historia contemporánea la presencia de la Iglesia, acercándola a las necesidades e intereses modernos y legítimos. Pero también es evidente que sus enseñanzas sobre los problemas sociales y la Democracia Cristiana ayudaron a fortalecer el respeto y la autoridad moral del papado. John Courtney Murray, a quien debemos gran reconocimiento por su nueva concepción sobre los cambios observados en las relaciones Iglesia-Estado, ha descrito el contexto general del siglo diecinueve, en el cual se inserta la política eclesiástica de León XIII:

*Durante la gran peregrinación de trabajadores en 1898, nuevamente encabezada por Harmel, el Papa empleó por primera vez el término "Democracia Cristiana". Sus palabras, que adoptaron la forma de una definición de esta ideología, encerraban una velada crítica a la evolución experimentada hasta entonces por dicha colectividad.*

“... que la historia y la experiencia han inducido a la Iglesia a observar un respeto cada vez más absoluto por la autonomía del Estado (como una forma del respeto por un elemento esencial en el “hombre como un todo”), y en consecuencia, a hacer valer su poder en el orden temporal con una espiritualidad mucho más pura. Además, así como esta legitimación del poder se ha vuelto más espiritual, también se ha vuelto más universal, extendiendo su búsqueda y su alcance a todas las instituciones de la vida

humana, para así adaptar su ideario y su forma de actuar a las exigencias de la conciencia cristiana” (60).

En la era democrática el Papa ya no influye en los Estados, sino en las sociedades, en la gente, en el *civis christianus*. Pero lo hace con la misma insistencia con que se dirigió a la conciencia de los monarcas en los tiempos del Estado confesional cerrado.

*Pero, más allá de consideraciones tácticas, la encíclica Graves de Communi refleja el deseo papal de mantener los asuntos religiosos libres de todo vínculo con un partido, republicano o monarquista.*

El objetivo político-eclesiástico inmediato que persiguió León XIII con su política de *Ralliement* no se logró nunca, o al menos sólo parcialmente. La ofensiva laicista había llegado demasiado lejos, y la unión entre los católicos era demasiado precaria para que la valerosa tentativa encarnada en la Democracia Cristiana alcanzara un éxito más que pasajero (61). Pese a los esfuerzos de Harmel y de la diligente labor de los *abates démocrates*, la disolución de la colectividad a contar de 1900 era inevitable. Al igual que los católicos conservadores, el antisemitismo significó la ruina de los católicos republicanos. Puesto que la mayor parte de ellos había reprobado al capitán judío durante el Caso Drey-

(60) J.C. Murray, *Contemporary Orientations of Catholic Thought on Church and State in the Light of History, Theological Studies*. Vol. X (1949).

(61) Cf. La observación de Clemenceau a Jacques Piou, citada en Ferrata *op. cit.*, p. 51: “Usted debió haber adoptado esta política hace veinte años; ahora ya es demasiado tarde, pues ya hemos avanzado demasiado”.

fus, se vieron expuestos a toda la fuerza de la ofensiva laicista bajo la administración de Emile Combes, con lo cual se esfumaron abruptamente sus aspiraciones políticas (62).

*Teóricamente, esta contradicción se traduce en una tensión, entre la concepción cristiana y la revolucionaria de la ley natural, que ha penetrado la historia del pensamiento democratacristiano (...)*

En el ámbito social, al cual estaba restringida su actuación por la encíclica *Graves de Communi*, la Democracia Cristiana obtuvo buenos resultados. Influyó en la educación social del clero y de los capitalistas, y colaboró en la formación de un movimiento de trabajadores cristianos, de donde surgieron los sindicatos cristianos de Francia y las organizaciones de jóvenes católicos. Estas dos últimas entidades han contribuido en gran medida a la avenencia entre la Iglesia y los trabajadores (63). Marc Sangnier, fundador del *Sillon* (64), quien más tarde retornó desde el ámbito social a la política, provenía de la Democracia Cristiana. Durante el período entre las dos guerras mundiales y hasta el MRP (Mouvement Républicain Populaire), él representa el enlace entre Harmel y el catolicismo social. Así, la segunda Democracia

(62) Sobre el antisemitismo de la Democracia Cristiana, especialmente de la rama lionesa, véase Rollet, pp. 420 y ss.; Gayraud, en *Les Démocrates chrétiens*, p. 198, se refiere al antisemitismo como un "movimiento de defensa nacional contra una raza extranjera considerada nociva".

(63) Especialmente la *Association catholique de la jeunesse Française* (Asociación católica de la juventud francesa) o ACJF, fundada por De Mun; y más tarde el *Sillon*, que fue considerado como un "movimiento juvenil democratacristiano" (Hermann Platz).

(64) Sobre Marc Sangnier y el *Sillon*, véase N. Ariès, *Le "Sillon" et le mouvement démocratique* (París, 1910); G. Lestrat, *Les beaux temps du Sillon* (París, 1926); J. Zamanski, *Nous, catholiques sociaux* (París, 1947).

Cristiana en Francia, mucho menos pretenciosa que la primera, está vinculada con su revolucionaria hermana en la historia temprana de los movimientos demócratacristianos del presente siglo.

*(...) En la práctica se manifiesta en actitudes políticas cambiantes, que oscilan entre la igualdad y la libertad, entre el liberalismo en la praxis y el absolutismo en teoría, entre la adaptación dúctil a lo que es posible y la tentación de regular dogmáticamente las reglas del juego mediante una teología política.*

## RESULTADOS Y PREDICCIONES

La Democracia Cristiana, en la forma que ha adoptado en Francia, mantiene una curiosa doble relación con sus orígenes históricos: se la concibe al mismo tiempo como el logro y la derrota de la revolución. Teóricamente, esta contradicción se traduce en una tensión, entre la concepción cristiana y la revolucionaria de la ley natural, que ha penetrado la historia del pensamiento demócratacristiano. En la práctica se manifiesta en actitudes políticas cambiantes, que oscilan entre la igualdad y la libertad, entre el liberalismo en la praxis y el absolutismo en teoría, entre la adaptación dúctil a lo que es posible y la tentación de regular dogmáticamente las reglas del juego político mediante una teología política. La diferencia entre la democracia totalitaria y la liberal (65), de acuerdo con la distinción de

(65) J. L. Talmon, *The origins of totalitarian Democracy* (Londres, 1952), pp. 1 a 2.

Talmon, puede aplicarse a la Democracia Cristiana, cuyas variantes históricas se aproximan a ésta o a aquélla según si el aspecto político es tratado desde una perspectiva empírica o teológica. Las manifestaciones históricas de esta contradicción son: el catolicismo social frente al liberal, y la democracia de los derechos humanos frente a la democracia de la igualdad evangélica.

Al surgir en Francia a partir de 1830, la Democracia Cristiana no tuvo una sola raíz. Podemos distinguir claramente dos líneas de origen: una se inicia en la Revolución de 1789 y la otra en el tradicionalismo católico. La primera conduce desde Fauchet y Bonneville hasta Buchez y su escuela; los puntos de enlace son el iluminismo revolucionario y el sansimonismo. La segunda conduce desde los tradicionalistas hasta el liberalismo católico; el punto de enlace aquí es Lamennais, quien encarna en su persona la transición desde el monarquismo a la democracia. Ambas líneas convergen en la Revolución de 1848.